



Escena de *Zar Saltán* en Bruselas
Foto: Karl Forster

Ópera en Bélgica

por Jorge Binaghi

Zar Saltán en Bruselas

Nunca habría pensado ver en mi vida tantos títulos de Rimski-Kórsakov, lo que es una buena cosa. Y La Monnaie sigue en su tarea de hacer excelentes reproducciones (antes fue el excelente *Gallo de oro* visto en Madrid). Ahora es este brillante *Zar Saltán*, con dirección musical del director de la casa, **Alain Altinoglu**, y la teatral del irregular pero genial **Dmitri Tcherniakov**. Si el maestro francés, muy aplaudido desde el comienzo, demuestra cada vez más que es una batuta importante, el director ruso encuentra siempre en la ópera de su país el terreno más fértil para su desbordante imaginación. Al parecer Rimski-Kórsakov es el autor que le resulta más afín. Un cuento folclórico de gran fantasía le permitió hacer un espectáculo igualmente fantástico y fantasioso donde no se sabe qué admirar primero.

Los personajes de Rimski-Kórsakov pocas veces son muy desarrollados; se trata más bien de tipos genéricos, cuando no de alegorías o símbolos ni siquiera muy disimulados. Una madre y dos hermanas malas; una tercera buena pero infeliz y muy ingenua, convertida en zarina y luego arrojada al mar por el marido — manipulado por las malvadísimas— junto con su hijo, en un tonel que llega a una ciudad maravillosa que se revela sólo cuando el principito (de golpe adolescente bien desarrollado) salva a un cisne que resulta ser luego su futura esposa. El papá llega para conocer una ciudad tan rara de la que le han hablado. Reencuentro y felicidad eterna para todos (o no tanto, porque todo es una artimaña para tratar de curar al príncipe que es autista y no parece al final que la “normalidad” sea muy duradera ni estable).

Las joyas musicales del autor son, como siempre, muchas; la parte dramática suele ser más o menos floja (aquí, algo menos), pero la inventiva de Tcherniakov es permanente fuente de sorpresas y de placer: ingenuidad en primer o segundo grado, ridículo llevado a la exasperación (las pérdidas), la emoción más o menos sincera (la zarina, algo menos ese zarévich que a veces parece un Parsifal en miniatura, pero por suerte se vuelve “normal”). Deslumbramiento para los ojos, para los oídos y hasta algo para el corazón.

El reparto fue excelente. **Ante Jerkunica** (el Zar) no tuvo necesidad de acudir a su registro agudo, que es el único aspecto en que su técnica suele flaquear. Todos los honores para la zarina de **Svetlana Aksenova** (una voz de importancia, soprano lírico pleno, ya con vetas de *spinto*, que en apariencia canta de todo, por desgracia). El zarévich Gvidon fue el joven y excelentísimo tenor **Bogdan Volkov**. El cisne-princesa estuvo a cargo de la espléndida **Olga Kulchynska** (en una parte de lírico-ligera que a veces pesa en una voz que está evolucionando al lírico). Extraordinarias, la madre (**Carole Wilson**, mezzo, nunca antes vista ni oída como en esta oportunidad) y las hermanas infames (impresionante la mezzo sueca **Stine Marie Fischer**, pero buena también la soprano eslovena **Bernarda Bobro**). Bien, asimismo los papeles masculinos secundarios, desde el bajo **Vasily Gorshkov** al tenor **Alexander Kravets**.

Sólo falta hablar del sensacional coro de La Monnaie, preparado por un bravísimo **Martino Faggiani**. De la orquesta ya hemos hablado, en gran forma. Localidades agotadas con personas a la caza de una entrada (en todas las funciones), público feliz y aplaudidor.